

JESÚS MAESO DE LA TORRE

«Uno de los grandes de la novela histórica de nuestro país.» *Qué leer*

LA DAMA  
DE LA CIUDAD  
PROHIBIDA

Una intriga histórica en el exótico mundo de las concubinas imperiales chinas.

Tras el suicidio de su hermana en la tumba del emperador, la seguridad de Lin Shui en la Ciudad Prohibida pende de un hilo. Ahora, como princesa de una dinastía derrotada y concubina favorita del nuevo emperador, verá cómo las envidias y amenazas crecen a su alrededor. Pero su vulnerabilidad pasa a un segundo plano cuando las muertes empiezan a sucederse.

Los asesinatos no hacen sino confirmar una sospecha obsesiva que la atormenta.

Incapaz de aceptar la muerte de su hermana, se lanzará en una intrépida búsqueda fuera de la jaula de oro que es la Ciudad Prohibida. Rotos los lazos de la sumisión, deberá acometer un descenso a los infiernos para encontrar respuestas. Solo con la fuerza del afecto podrá abrirse paso en esa jungla de peligros ocultos.

En La dama de la ciudad prohibida el lector se verá inmerso en el intrigante y exótico mundo de la dinastía imperial manchú, en pleno siglo XVIII. Un mundo fascinante en el que el lector conocerá los exóticos y elegantes burdeles chinos, la desconocida ruta de la seda y el inquietante testamento del emperador padre, que hará tambalear los cimientos de la monarquía.

Un mundo fascinante lleno de belleza, misterios y secretos, donde la sensualidad y la ambición son las dos caras de una misma moneda.

## Shui, la concubina imperial

*China Manchú, Tumbas Imperiales del Este.  
Año de 1723 de la Era Cristiana. Primero del reinado  
del emperador Yongzheng*

**A**l amanecer había llovido con obstinación y olía a tierra mojada. Celajes grises empapaban los campos amarillos de Zunhua, y una pálida claridad iluminaba el cortejo fúnebre del emperador Kangxi, el Hijo del Cielo, fallecido en el solsticio de invierno.

En el aire flotaban finísimas gotas de una neblina que colgaba a muy baja altura. Hacía frío, pero no nevaba.

Los carruajes de la comitiva donde viajaban los príncipes, la emperatriz, los miembros del Gran Consejo, los esclavos y las esposas que iban a inmolarse junto al cadáver de su señor, y las concubinas de alto rango, habían alcanzado el valle de las Tumbas Imperiales del Este, al cobijo de las montañas de Changrui.

Pero el día era especialmente triste para una de las concubinas que aguantaba las lágrimas en su asiento: LinShui, «Graciosa Agua». A sus dieciocho años no podía creer que su hermana Xiaomei fuera a ser enterrada viva en la tumba real por un maldito capricho del monarca difunto.

Shui, arropada en su capa de marta, no prestaba atención al ceremonial y se agitaba en su desesperación. «Qué candidez la de mi hermana. Se enamoró ciegamente del emperador y ahora se dispone a acompañarlo a la otra vida, truncando la suya —pensó—. Qué locura la suya.»

Algo no encajaba en aquella decisión, y a pesar de haberlo intentado no había podido detenerla en su desvarío. Sus ruegos habían caído en tierra baldía y por eso cuanto rodeaba ahora a Shui resultaba desgarrador. Xiaomei aún no había cumplido los veinte años, e iba a morir inútilmente, dejándola desamparada en un harén que era una jungla de peligros ocultos.

*El libro de las leyes de palacio*, que se sabía de memoria, consideraba a las concubinas menos que un grano de incienso y temía por su futuro, expuesto sin el amparo de su hermana. Eran el simple sonido de una campana, la luz de un farolillo de papel, un juguete para el placer del emperador que para su desgracia no era usado.

Shui había sido entrenada para sobreponerse a cualquier pesar, pero la angustia la destrozaba. La sumisión era inseparable a su condición de esclava distinguida y no debía mostrar ningún sentimiento en público, pero tenía temor y temblaba. Su alma había caído en un vacío helado y le pesaban sus párpados coloreados de antimonio de tanto llorar.

Pero no había vuelta atrás. Perdía a quien más amaba. Conviviría con el recuerdo en su jaula de oro, y solo tendría el consuelo de Miao, «Prodigiosa», su amiga, una concubina de su misma edad, un alma abnegada, y la única que conocía las angustias de su espíritu.

Xiaomei le había pedido perdón y le había asegurado que había contraído aquella decisión de sepultarse con su señor, Kangxi, solo por amor y sin ser obligada. ¿Pero no serían falsas sus razones de someterse a un crimen ritual y lo que deseaba era morir por algún secreto inconfesable que ocultaba? ¿Había tomado Xiaomei aquella decisión porque temía algo? ¿La habrían obligado?

El fallecido Kangxi, tercer soberano de la dinastía Qing de la raza nómada manchú, había sido un soberano de fuerte carácter que se había enamorado en su vejez perdi-

damente de Xiaomei, a pesar de poseer medio centenar de bellísimas esposas.

Cuando Kangxi paseaba por palacio se le veía ausente y se mostraba muy distante con los altos funcionarios, con las consortes y las concubinas, a causa de su hijo predilecto, Yinreng, al que había apartado de la sucesión al trono con gran pesar, por sus perversas costumbres y no menos desleales acciones.

Por eso buscó la compañía de la dulce Xiaomei, que alegraba su cansado corazón, y de la que se había enamorado perdidamente. Pasaban juntos largas horas en la Sala de la Armonía que Preserva, ejercitándose en la caligrafía y la pintura.

A veces también filosofaba con la bella concubina de la doctrina de Confucio y de las enseñanzas de Jesucristo, que recibía del jesuita europeo Ferdinand Verbiest, su astrónomo privado, que había sustituido su sotana negra por el hábito budista de color azafranado.

Pero en aquel instante atroz, Shui no comprendía el delirio de su hermana, que prefería morir en la plenitud de su existencia por aquel mustio emperador al que aseguraba haber amado. Xiaomei era una muchacha sensual que conocía como nadie las artes del placer, pero que despreciaba su propia vida. «Claro, nació en el año del Mono, y como él lo altera todo», pensó Shui, quien fue favorecida tras el ascenso de su hermana, obteniendo el rango *decairen*, cortesana predilecta.

No obstante la muerte del emperador Kangxi, que acababa de cumplir los sesenta y ocho años, y la determinación de Xiaomei de inmolarsse con él, la habían dejado abandonada en la más absoluta de las soledades.

El sonido de una campana taoísta la devolvió a la realidad, hiriendo sus oídos. Centenares de súbditos, con las cabezas inclinadas y los gorros en las manos recibieron el ataúd real en el pórtico del panteón imperial.

Los maestros geománticos del Feng-Shui, arquitectos que se regían por la proporción y el equilibrio, en armonía con el reloj cósmico del firmamento, no podían haber elegido lugar más acorde con la naturaleza para enterrar a sus monarcas. En el lugar reinaba la paz, y se escuchaba el rumor de los manantiales, el pío de los pájaros y el ruido apacible de las ramas de los cerezos y enebros, que casi ocultaban las once tumbas reales.

Un perfume dulzón a orquídeas y jacintos negros oreaba la atmósfera, y LinShui, la dócil y bella Agua, lo aspiró para mitigar su ansiedad. El funeral resultaba de una emotividad conmovedora, pero la joven estaba desolada. Cerca de mil cortesanos encabezaban la procesión fúnebre y más de un centenar de monjes tao recitaban los monótonos sutras del Diamante.

Cruzaron el Puente de los Cinco Arcos y se detuvieron ante la Puerta del Favor Eminente, donde la guardia real, ataviada con yelmos emplumados y armaduras doradas, trasladó a hombros el féretro del emperador Kangxi, cubierto con un manto de seda amarilla, el color imperial, repleto de joyas, lazos escarlata y perlas blancas, signo del luto imperial.

Tras él caminaban la emperatriz viuda Xiaogongren con el cetro en la mano; Xiaojingxián, la primera esposa imperial, las seis consortes principales, las mujeres nobles del harén, los filósofos imperiales y las dos concubinas que habían elegido morir y compartir la vida eterna con él, una de ellas Xiaomei.

Shui no dejaba de mirar el perfil sereno de su hermana y sentía cómo el corazón se le desgarraba convirtiéndose en una piedra gélida. ¿En verdad ella deseaba ofrendarse a su emperador eternamente, aquel rey de rostro flácido, ce-trino y aburrido?

No lo entendía, ni buceando en el abismo de su mente.

De repente se detuvo y fijó su mirada en un detalle. ¿Qué significaba aquello? En sus manos, Xiaomei llevaba

una máscara de teatro de color rojo, la misma con la que había interpretado su última obra: *Tumultos en el Palacio Celestial*, protagonizada por el Rey Momo, el héroe más popular de China. ¿Era un capricho de Xiaomei? ¿No prescribía el ceremonial que no podía llevar consigo ningún objeto personal?

Sonaban los címbalos y los gongs del tao y la recitación de los méritos del emperador proclamados por los monjes, que se mezclaban con el marcial paso de la guardia de honor. Las oriflamas de raso al viento y el llanto de la concurrencia resonaban como un bisbiseo de fondo.

El cortejo cruzó el Camino de los Espíritus, franqueando la Estela de la Tortuga, símbolo de la longevidad, las estatuas de los animales sagrados que espantaban los espíritus y demonios: los camellos, elefantes, *xiechi* —mitad ciervo y mitad vaca—, y otras fieras míticas y las figuras de los Eternos Guardianes.

Cesaron los cantos al alcanzar la Puerta Roja del Dragón y el Fénix del complejo de Jinglin, el lugar elegido para su enterramiento, cuyos bajorrelieves y las Columnas de la Longevidad brillaban con las gotas de agua caída al alba.

Allí concluía la procesión, y solo los que iban a inmolar-se en vida, la emperatriz y el heredero, su cuarto hijo el príncipe Yong, el futuro emperador, podían seguir adelante. Y aquel sagrado rito, que Shui observaba con sus candorosos ojos, servía para satisfacer las necesidades emocionales de un pueblo entristecido por la muerte de su guía, Kangxi, el Hijo del Cielo, y la expresión eterna del orden cósmico que orientaba sus vidas.

El Gran Chambelán recibió el cadáver de rodillas, con la cerviz inclinada y los puños juntos y en alto. Ceremoniosamente se lo entregó a los venerables *taidelos*, los encargados de buscar los enterramientos más propicios y de sepultar a los muertos. Mientras musitaban oraciones atávicas, quemaron ante el cadáver perfumes de hierbas y papeles dorados.

Abrieron luego el portón del mausoleo, y en medio de un silencio religioso, introdujeron el ataúd imperial en el Pabellón Luminoso de los Sacrificios. La sala era una estancia oval repleta de pebeteros de oro que exhalaban incienso de Arabia, y de grotescas imágenes de dragones y de ídolos que espantaban a los genios maléficos. En el interior varios monjes *Lanzo*, anacoretas invidentes cubiertos con túnicas color azafrán, y las temidas *juibas*, las sacerdotisas adivinas de la isla de Da Luqiu, ataviadas con túnicas azules, habían inmolado e incinerado desde el amanecer por el alma del difunto, y en medio de cantos propiciatorios, diez bueyes, diez ocas del lago Taihu, diez perros, diez corceiros, diez garzas y diez cerdos.

En aquel momento, Xiaomei volvió su rostro demacrado, saltándose el protocolo. Y entre las nubes aromáticas, las miradas de las dos hermanas se encontraron en un instante de ternura y de inefable complicidad. La mueca de cariño de su hermana mayor, suave como el pétalo de una rosa, fue como un beso póstumo para Shui, que trataba de mantenerse en pie y no caer desmayada.

Luego escudriñó el entorno con meticulosa curiosidad, como si lamentara huir del mundo de los vivos. ¿Qué tormenta rondaría por su cabeza? De repente una respuesta le llegó rápida como un relámpago y punzante como una puñalada: ¿No parecía que había sido obligada a sacrificarse?

Al poco la figura de Xiaomei, ataviada con un vestido y capa azul celeste, con su pelo recogido con peinillas doradas, y la máscara roja asida con sus largos dedos, se perdió en las oscuridades del Castillo Precioso, de donde partían unas escaleras de pórfito que lo comunicaban con la Mansión Subterránea, el panteón real, tan profundo como un aljibe seco.

Una sensación de vacío inundó a Shui, que no volvería a ver nunca más a su hermana, lo más precioso de su existencia. Era la misma historia de siempre en su vida. La misma versión, aunque con letra distinta: perder a un ser amado

de la forma más atroz. Xiaomei abandonaba la *Ti*, la Madre Tierra, para acogerse al benéfico *Tián*, el Padre Cielo. A Shui le dolían los ojos de contener el llanto, hasta que finalmente ese mismo pesar se instaló en su ánimo.

Se decía que la cámara funeraria, donde aguardaría la muerte, la presidía un trono de oro y las Tres Vasijas del Dragón, fabricadas con serpentina y ágatas, que los palatinos llamaban: «Las lámparas eternamente iluminadas.» Cofres y arcas repletas de vestidos de seda, corazas, yelmos, lanzas con plumas de halcón, arcos mongoles, porcelanas, carrillones sonoros de bronce, relojes dorados, pinceles, joyas de plata, jade y oro, licores y arroz caliente, exquisitos manjares y frutas exóticas, llenaban la admirable sala.

Alrededor del sarcófago se habían instalado lechos de caoba, donde se echarían los inmolados en somnoliento acomodo, tras injerir durante dos días un veneno letal e indoloro: el acónito turco. En la lentitud de las horas, el bededizo obraría su exterminadora función, y el fluido de la vida les abandonaría hasta morir dulcemente.

Y sumidos en el sueño de la muerte, acompañarían durante la eternidad al Pájaro Rojo del Sol, su regio amo.

Con él disfrutarían de las delicias del *Kung-lun*, el paraíso de palacios de jade y ríos floridos, donde reinaba la alegría perenne y le aguardaban los goces de los Cinco Reinos Celestes y las Verdades Absolutas del Tao, las que conducían a la felicidad perdurable. Y enterrados en aquel exuberante jardín, participarían también con los humanos muertos en los ciclos del tiempo.

Los cortesanos aguardaron sin moverse, hasta que pasado un largo rato de espera aparecieron en el dintel los monjes ciegos *Lanzo* y las sacerdotisas *juibas* con sus túnicas tintas en sangre y los cabellos hirsutos, el chambelán de palacio y la entristecida familia imperial. Clausuraron la puerta y al poco se escuchó un estruendo prolongado, como si se hubiera producido un terremoto dentro de la tumba.

Nadie ignoraba lo que ocurría. Se estaba sellando la cripta imperial por un complicado mecanismo de arena, que al escaparse por las troneras, hacía descender grandes bloques de granito, clausurando para siempre la tumba. Uno tras otro fueron cayendo hasta cubrir el sepulcro con una mole de piedra.

El inesperado ruido le produjo a la joven un escalofrío afilado y casi perdió el conocimiento.

Xiaomei había sido enterrada en vida, y en pocas horas yacería como una gacela herida de muerte, agonizando en la penumbra de la tumba imperial. Shui, con la mano en la boca, trataba de sujetar la aflicción que le producía lo que acababa de presenciar. Se hallaba al borde del derrumbe físico, derrotada por la incredulidad de la terrible evidencia.

Sus ojos habían enterrado aquella escalofriante imagen en lo más impenetrable de su conciencia. Ya nadie podría ni entrar ni salir de la oquedad que la había devorado. Su mente se quedó en blanco, con el estómago descompuesto y su rostro demacrado como la cera.

El rito le había parecido agotador y una lágrima indecisa resbaló por sus pómulos. A Shui le pareció que perdía su alma y creyó volverse loca. El gentío que se había agolpado frente a las tumbas abandonó el lugar en silencio. Era la hora del *gallo*, las cinco de la tarde, y un sol anaranjado declinaba furtivamente en el horizonte.

Shui regresó con el séquito imperial cinco días después a la Ciudad Prohibida de Pekín —la *Zijin Cheng*— con un gesto de angustia difícil de soportar. Su hermana desaparecida la había privado de un futuro prometedor, y el nuevo emperador, Yongzheng, un cruel e intrigante príncipe de cuarenta y cuatro años, comenzaba su reinado en medio de conspiraciones, misterios y sucesos perversos sobre los que murmuraban los cortesanos.

Un brillo de fuego se rompía a cada paso, mientras lamía los tejados purpúreos del palacio imperial de Pekín.

Shui se hallaba sobrepasada por aquella pérdida desmedida, cuya alquimia solo conocen los que han estado cerca de la muerte de un ser querido.

—Todo lo que nos parece estable puede desaparecer en un instante y dejarnos desamparados. Una vida de certezas es una trampa —le había confiado a su amiga Miao.

Pensó incluso en suicidarse cuando llegara al harén imperial, pero su confidente Miao, que parecía leer sus pensamientos, la consoló con dulces promesas, y lo olvidó.

—En la decisión de mi hermana de morir sepultada viva se oculta algo confuso y difícil de aceptar, Miao —insistió llorosa.

—¿Lo crees así, Shui?

—Un misterio de naturaleza inexplicable encubre su muerte. ¿Por qué ha conservado su máscara roja? No lo entiendo.

Se notaba como una sombra de sí misma, como el eco del viento; y un lamento se quebró en sus labios. Los acontecimientos de los últimos días pasaban por su mente como imágenes desordenadas, aterradoras e inconexas. Para ella el mundo se había convertido en un lugar incompleto.

La luna, apenas izada en las alturas, emanaba una luz rasante y azulada.

## El recuerdo de Xiaomei

*Cinco semanas después del sepelio.  
Pekín, Ciudad Prohibida*

**S**hui fingía reposar en el lecho. Respiraba pausadamente pero sus sentidos estaban alerta. Recelaba sin saber de qué.

El ocaso la envolvía y meditaba echada sobre unos cojines de seda con las piernas cruzadas, en la posición del loto, con la boca entrecerrada y los párpados inquietos. En la tibia incertidumbre del crepúsculo, presentía cuanto le rodeaba sin ver ni oír, intentando abstraerse en las ciento ocho amarguras con las que el alma humana nace, según las enseñanzas de Buda.

Shui aún no se resignaba a aceptar la muerte de su hermana Xiaomei. Durante semanas había tratado de sujetar sus dudas y su locura y atenuar sus sospechas. Pero no podía.

«Mi hermana fue obligada a morir. Estoy segura», pensaba una y otra vez, resistiéndose a admitir lo irreparable.

Sus ojos miraban hacia dentro de su ser, hacia el volcán de sus desconfianzas y temía cuanto la rodeaba. Ella sabía que algunos callaban y no decían cuanto sabían. Notaba una profunda apatía, un síntoma que preocupó al boticario imperial que la trató con hierbas curativas de la bilis negra, o *melankolé* —melancolía—, como la llamaban los físicos occidentales. No era enteramente feliz y algunos cortesanos la miraban con compasión.

Sus recuerdos seguían íntimamente unidos a los de su hermana muerta, y a los de su tierra de procedencia: el reino del Tíbet, el Techo del Mundo. Mientras meditaba sobre el cruel fin de Xiaomei, la remembranza la sacudió y la trasladó con nostalgia en el territorio de su infancia. Recordaba la calidez de su casa rodeada por montañas inaccesibles, cerca de un bosque de sauces del valle de Chambí, un paraíso de verdor, aires límpidos y aguas diamantinas.

Su vida, a pesar del tiempo transcurrido, estaba ligada a sus raíces, a una tierra con sonidos y aires propios, donde había vivido en su niñez en un equilibrio casi perfecto. De pequeña la llamaban ShuiZhuoMa, «Shui, mujer bella»; y a su hermana XiaomeiZhuoMa, «Xiaomei, joven hermosa».

Por las venas de Shui y de la malograda Xiaomei corría sangre real *han china*, y también de la dinastía Tang, la vieja estirpe que creía en la antigua religión de Bon, «la de los seres humanos del Himalaya», el viejo credo que significó su perdición, pues el clan opuso reñida resistencia a la doctrina de Buda arribada de la India. Y lo pagó caro.

Su familia defendió el antiguo *Código de las 16 leyes*, hasta que estalló una guerra atroz contra los nuevos dirigentes budistas y los influyentes sacerdotes lamas. Sus padres y hermanos fueron detenidos por traición al Estado y sometidos a los más crueles castigos. Los introdujeron en sacos de estameña y los sumergieron en las aguas heladas del río Tarim.

A su padre lo desmembraron salvajemente atado a unas caballerías y su cabeza la clavaron en una pica para que su alma inmortal no transmigrara. A su hermano lo despeñaron tras introducirle astillas de bambú en las uñas; y a su madre le cortaron las manos para luego derramar aceite hirviendo en los muñones, castigo que aguantó sin emitir un gemido.

A sus primos les privaron de la vista traspasándoles los ojos con un clavo ardiente para luego extraérselos con un gancho. Así los condenaban a convertirse en mendigos. Pe-

ro no duraron ni un año con vida, tirados como perros en las gélidas calles de Lasa y en las escalinatas de los templos. A algunos parientes cercanos les aplicaron la flagelación tibetana: cien azotes con látigos de cuero de yak, momento en el que intervino la guarnición china que detuvo el cruento derramamiento de sangre.

Shui y su hermana mayor Xiaomei, dos almas insobornablemente candorosas, aún vírgenes de doce y catorce años, fueron tomadas como rehenes por los invasores del Imperio del Dragón, los nuevos amos manchúes. Aunque las niñas no tenían ningún valor para los hombres, el poderoso general Yue Zhongqi, Comandante y Gobernador de los ejércitos occidentales, las protegió en los primeros meses, para luego enviarlas como regalo al emperador Kangxi.

El joven general Yue, vencedor en la frontera tibetana, en Kokonor y en la provincia de Gansu, nunca dejó de interesarse por las dos princesas; y esa predilección del más poderoso y popular militar del imperio las favoreció siempre, sintiéndose más seguras en la Ciudad Púrpura. Pero ser las protegidas del poderoso Yue, el comandante más leal de los nuevos amos, era también un problema, pues las familias más antiguas de China lo tenían como el «verdadero soberano», un futuro emperador de la raza pura *han*, si por fin «los bandidos del norte» —los bárbaros manchúes— eran expulsados de China.

Para Shui era una suerte que el general Yue las hubiera amparado tras su captura, pues los enemigos de su familia, después de violarlas, las hubieran vendido a los proxenetas de los burdeles flotantes de Cantón y se hubieran convertido en prostitutas de puerto, para después de una supervivencia degradante morir de sífilis o asesinadas por marineros borrachos.

Desde el primer momento en el que arribaron a la Ciudad Prohibida de Pekín fueron tratadas con delicada consideración, tras ser seleccionadas entre medio centenar de asustadas jóvenes llegadas de todas las partes del imperio.

Les inspeccionaron el cuello, la nariz, los pies, los dientes, el cabello, las orejas, la piel y los ojos, y observaron su conducta durante días. Y también fueron exploradas si eran aptas para la procreación.

Probaron también su educación y cultura, y como habían sido educadas refinadamente, comprobaron que sabían matemáticas, algo de pintura, caligrafía y poesía, y que hablaban tres lenguas. Concluido el minucioso examen solo quedaron diez aspirantes a concubinas. Nadie podía acercárseles salvo los eunucos y cualquiera que invadiera sus aposentos era ejecutado al instante.

A las elegidas se les proporcionó una educación esmerada para satisfacer las necesidades viriles del viejo emperador Kangxi y de sus visitantes más distinguidos, pues a veces eran regaladas a reyes o príncipes aliados, que las consideraban las joyas más codiciadas del reino. Aprendieron a jugar a los naipes y al ajedrez, a representar obras de teatro, a cantar, a bailar y tocar instrumentos musicales, a entonar los *jiushao*, los ancestrales cantos de la China, y a elaborar voluptuosos afrodisíacos.

Xiaomei y Shui habían vivido una existencia de lujos y molicie en el gineceo imperial, vestían suntuosamente con estrechos *quipaos* bordados con dragones, águilas y flores de loto, y túnicas de amplias mangas ornamentadas con flores de ciruelo, el árbol del placer y de la plenitud erótica; y sus lechos, almohadones y cobertores estaban decorados con melocotones y granadas, símbolos de los órganos íntimos de la mujer.

Shui y Xiaomei aprendieron a embellecerse con alhajas fabulosas, a pintarse el rostro con costosos ungüentos, a vestir el pantalón ancho de satén y el *moxiong*, el sujetador y las medias de seda rojas habituales en el juego del amor, y a preparar, si así lo exigía su amante ocasional, el *yin jia* con gelatina de agar, un preservativo para enfermedades venéreas.